

EL EDITOR ADRIANO PÁEZ, quien firmó en la hacienda Vista Hermosa (La Unión) –el 1º de octubre de 1879– el *Prólogo* a su edición de los *Artículos escogidos de Abel Karl* (Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1879), escribió en la página V el siguiente párrafo: “DANIEL MANTILLA, el primer poeta lírico del Estado de Santander, en la República de Colombia, nació el año de 1836 en la ciudad de Bucaramanga, una de las más importantes de ese Estado. Fueron sus padres el señor Santiago Mantilla y la señora Concepción Orbegozo; y tuvo cuatro hermanos: Alipio, Pedro León, Pedro Elías y Pedro Vicente, todos notables por su clarísima inteligencia”. No se equivocaba en su apreciación sobre el primer poeta lírico que tuvo el Estado soberano de Santander, que sin duda fue Daniel Mantilla Orbegozo, pero sí en cuanto al lugar de nacimiento de quien firmó buena parte de sus escritos con el seudónimo de Abel Karl. Efectivamente, en el libro 7º (1836-1839) de los bautismos administrados en la parroquia de San Francisco Javier de Piedecuesta, al folio 2 (registro 8), puede leerse lo siguiente: “En la villa de Piedecuesta, a siete de septiembre de mil ochocientos treinta y seis, yo el cura bauticé solemnemente a Lorenzo Daniel Eugenio Justiniano, [hijo] legítimo de Santiago Mantilla y Concepción Orbergoso. Padrino Crisóstomo Ordóñez, a quien le advertí lo necesario (Firmado) Dr. Guevara”. Resuelto así el equívoco que don Adriano Páez indujo en los actuales analistas de las letras santandereanas, recordemos que el poeta piedecuestano contrajo matrimonio con doña Victoria Antomarchi, quien le precedió en el camino al sepulcro en plena juventud, pues fue seguida de cerca por su esposo el 4 de enero de 1868, cuando a los 31 años fue inhumado en el cementerio de Bogotá. Se ofrece enseguida a los lectores una muestra de la prosa crítica de este escritor santandereano del siglo XIX.

A

fines del siglo pasado y a principios del actual, el mundo entero se conmovió al estridente ruido de la descomunal batalla que, en la prensa, en la tribuna, en el teatro y en la cátedra, libraron los adeptos de dos escuelas diametralmente opuestas entre sí: la clásica y la romántica. Pero al cabo, las églogas y los idilios sucumbieron ante la descarnada realidad de las modernas elegías; y, no encontrando el triunfante romanticismo, el dique de los Nemorosos y de los Batilos, se desbordó como un torrente

engrosado por las lluvias, e invadió la sociedad infiltrándose en ella por todos sus poros. Y ¿cómo no, cuando sus campeones se llamaban Chénier, Goethe, Byron, Chateaubriand, Lamartine, Hugo, De Musset, Jorge Sand, De Balzac, Espronceda, Saavedra, Zorrilla y tantos otros? La caterva de serviles imitadores de griegos y latinos, de esos astros que no hacían sino reflejar una luz prestada, y cuyas obras, de una aridez matemática, hablaban casi siempre a la cabeza y jamás al corazón; de esos poetas de compás para quienes todo era malo y despreciable si no se ajustaba



Lawrence Alma-Tadema (1836-1912).

á la medida exacta de Homero, Horacio y Virgilio; esa caterva, repetimos, enmudeció desalentada al escuchar los gritos sublimes y desgarradores de los citados genios, aunque no sin llorar á lágrima viva el derrumbamiento de su malhadado Parnaso, la caída de las nueve de Helicon y su presidente el rubicundo Apolo, y el olvido completo en que iba a quedar su árido o interminable repertorio de metáforas paganas.

¿Fue un mal la desaparición del clasicismo? No, por cierto. El mundo estaba ya cansado de risueñas praderas regadas por apacibles ríos que en ciertas ocasiones, como en la *Profecía del Tajo*, “sacaban fuera el pecho” para echar un cuarto a espadas, predicando a los reyes un sermoncito de alta moral; de inocentes rebaños que pastaban la *sabrosa* yerba; de lindas y desdeñosas pastorcitas, oliendo a ámbar y a claveles, con manos de marfil, dientes de perlas y cabellos de oro; de pastores licargos que discurrían como unos dómines y se quejaban melancólicamente desde que la blanca aurora descorría con sus rosados dedos las orientales cortinas hasta que la señora noche se encapillaba su negro manto salpicado de diamantes; de las flechas, arco y aljaba del ceguezuelo Cupido; de la espumosa cuna de madama Venus; del tridente y los tritones del amigo Plutón; de la clava del barbarote Hércules; de los rayos del iracundo Júpiter; de los instintos infanticidas del carnívoro Saturno; de la castidad de las Susanas; de la barca de Aqueronte; de la lira de Orfeo arrojada en las ondas del Ebro; de las transparentes alas del juguetón Eolo... de todas esas cosas, en fin, que desfiguraban la naturaleza, convirtiendo a los cabreros en pisaverdes, y a las zagales maritornes que huelen a suero en perfiladas marisabidillas; y, en fin de fines, de todas esas olímpicas divinidades cayos altares echó por tierra el Evangelio, pero cuyo apasionado culto quedó por luengos siglos en el corazón de los clásicos y de los poetas bucólicos.

El clasicismo era el estancamiento de la inspiración, la eternal copia de un mis-

mo cuadro, bello en su época, pero que había llegado a ser fastidioso a fuerza de reproducirse; la cárcel del sentimiento, y una especie de *non plus ultra* colocado en el estrecho de la invención, precisamente a la entrada de un océano de luz, bellezas y armonías. Los clásicos eran los monopolizadores del buen gusto, y, sin echar de ver que los serviles ecos de su lira eran apenas el remedo de los que resonaban en Atenas y en Roma, tenían por ignorante al que no sabía como el *Pater noster* la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida*.

Nuestro siglo de franquicias, de luz y de libre examen no podía tolerar esa especie de monopolio literario ejercido en provecho póstumo de los griegos y latinos, ni ese espíritu de servil imitación encerrado siempre en la esfera trazada hace dos o tres mil años por el compás de cuatro o cinco genios de primer orden.

La poesía es el canto de las generaciones, la música de la historia, la múltiple queja de esos entes morales que se llaman pueblos. Cuando no está en armonía con las creencias, las costumbres y el carácter distintivo de una época, es absurda y falsa, como sería absurdo y falso pintar a César con el vestido de Kossuth, pasando el Rubicón a la cabeza de sus legiones. Bajo este punto de vista, la escuela clásica del siglo XIX era un anacronismo de marca mayor. Hablarle al pueblo cristiano a cada triquitraque del Olimpo, cuando no conoce y venera más que un Dios, y de toda esa zagalería tan redicha y tan discreta, cuando no ve por todas partes sino pastores sucios y desmelenados que no saben leer ni escribir, ni para qué vinieron al mundo, y que apestan a miseria a quince pasos de distancia, es hablarle en hebreo, es pulsar la lira en un corrillo de sordos, es coger el rábano por las hojas. Al clasicismo le ha sucedido en nuestro siglo algo semejante a lo que le pasa a un mendigo sordo de Londres: hace cosa de doce años que éste carga consigo una caja de música con la cual detenía a los paseantes para que le dejaran un penique; hace más de tres años que la caja, ya

algo vieja, está completamente muda, y, sin embargo, el pobre sordo continúa dándole vuelta al manubrio. Y, digámoslo de paso, lo mismo ha sucedido en esta *pobre tierra* con muchos oradores, poetas y hombres notables.

¿Cómo, pues, no había de triunfar el romanticismo de esa grave escuela que se empeñaba en pasearnos incesantemente por las campiñas de la patriarcal Arcadia, y en hacernos depositar insulsas ofrendas sobre las desnudas aras de la antigua Ática y del Lacio?... Vaya bendito de Dios el clasicismo, y ¡que la tierra le sea ligera! No seremos nosotros los que depositemos una flor sobre su tumba.

II

Pero si el romanticismo abrió nuevos horizontes al pensamiento; si arrancó para siempre del campo de la poesía las olímpicas flores cuyo rancio perfume era un anacronismo en nuestra atmósfera realista; si hizo despertar el corazón humano a la vida del sentimiento, y emancipó la inteligencia del tiránico yugo que soportaban tan orgullosos los dómines poéticos del siglo XVII, en cambio produjo una planta que, si Dios no lo remedia, va a hacernos echar de menos los soporíferos aspergios de los clásicos. Tal es el *poeta llorón*.

Goethe, Byron, Chateaubriand, Balzac, De Musset, Víctor Hugo y Jorge Sand, –sublimes personificaciones de nuestro siglo escéptico y descreído, a quienes el espectáculo del mundo moderno ha hecho derramar abundantes lágrimas y lanzar gritos de amarga ironía–, no pudieron suponer que detrás de sus cuadros duros y sombríos, sí, pero magníficos y grandiosos como los del Dante, se alzara la ridícula figura del poeta llorón.

El poeta llorón es al romanticismo lo que la horrible mueca del sufrimiento físico a la triste sonrisa que hace asomar a los labios el dolor del alma; lo que el *oidium*



Lawrence Alma-Tadema.

a la vid; lo que el graznido del pavo real a la melodiosa queja del ruiseñor; lo que el torpe vuelo del avestruz, que apenas puede levantar las alas del fango en que vegeta, al victorioso arranque del águila, que rasga las nubes para fijar su ardiente y atrevida mirada en el sol.

En Europa abundan los poetas llorones, y desde el estrecho de Gibraltar hasta las orillas del Báltico no se oyen más que lamentos en todos los idiomas y en todos los tonos de la escala cromática: parece que Heráclito fuera el modelo de la poesía moderna. Tan abundante va siendo el raudal de lágrimas *poéticas*, –y perdónesenos el darles este nombre–, que si fuera posible materializarlas y reunirías en un solo cuerpo, formarían un océano de tontería en el cual flotarían sin brújula el sentido común.

Sin embargo, el verdadero plantel de Heráclitos y Jeremías no está en Europa



Lawrence Alma-Tadema.

sino en las repúblicas hispano-americanas. Este fenómeno se explica fácilmente. La América del Sur se despertó como pueblo a la vida de la independencia y la libertad cuando el romanticismo acababa de triunfar y estaba en todo su apogeo. El criterio literario, durante la dominación española, era nulo en el continente por dos poderosísimas razones: por la falta de instrucción, y porque la literatura, lo mismo que el comercio y que todos los elementos político-sociales, estaba monopolizada por los dominadores. En Colombia, si algunos impresos circulaban, eran únicamente los boletines oficiales, el catecismo de la doctrina cristiana y cuatro o cinco obras frívolas escritas a la sombra y en el silencio de los claustros. Cuando las puertas de la Patria se abrieron al comercio material e intelectual, la sociedad americana aprendió a deletrear en esos grandes poemas escritos por los zapadores del romanticismo, y, como sucede en toda sociedad virgen, la impresión producida por esas obras, se grabó en su seno profundamente.

Esta educación, si bien ha producido ilustres poetas, como Olmedo, Bello, Mármol, Caro y otros más, ha sido también causa

de que el gran número de medianías, —pues el Parnaso también tiene su mediocracia y su plebe—, lloren a lágrima viva cada vez que enristran la pluma para darnos una tirada de rengloncitos largos y cortos que sus modestos autores llaman versos, y que los lectores califican con razón de pócima soporífera. El Parnaso Americano está tan lleno de gentes, que, lo repetimos, hay en él de todo como en la viña del Señor, —ruiseñores, pocos—, gallinas, ¡muchas!

El poeta llorón es en América una verdadera plaga. Todo mal versificador se cree un Racine, un Calderón en ciernes con lanzar cuatro gemiditos sin son ni ton, y con echarlas de hombre descreído y torturado por imponderables dolores. Apenas sale un rapazuelo de quince años de entre las manos del pedagogo, y cuando todavía tiene entre sus dedos la cuerda de la peonza y las bolas, toma la pluma y nos encaja en letras de molde, —lo que equivale al colmo de sus aspiraciones—, una sarta de ayes, como quien dijera de longanizas, aunque éstas, cuando son buenas, son preferibles a aquellos, —con muchísimos puntos de admiración, para hablarnos de sus amargas decepciones, de su porvenir

sombrío como la boca de un lobo, de sus cálices llenos de hiel, de los cuales se bebe uno *hasta las heces* todos los días en ayunas—, de las calcinadas fibras de su encallecido corazón y de sus tormentos ocasionados por ingratas imaginarias. Unos quieren hacer el papel del Alcesto de Molière, otros el del melancólico René de Chateaubriand, y otros del desesperado Werther de Goethe. ¡A qué no aspiran los poetastros! Y si vos, querido lector, les decís: “¿Por qué ese escepticismo, esa misantropía y ese llanto? —Usted, querido Lucrecio, es rico, joven, bien parecido, y está alentado, gordo y colorado; ¿por qué se queja, pues?... duerme como una marmota y come como un arriero, y está triste?”. Lucrecio, el poeta tenebroso, *el cárabo de las tumbas*, como él mismo se llama, responderá: “Todo eso es cierto; yo no tengo por qué quejarme; pero...”

“*A ce que nous sentons que fait ce que nous sommes?*” ¡Insensatos! ¿Creéis que ese necio personalismo y esas lágrimas estúpidas que provocan la risa de los que leen vuestras pobres rapsodias, constituyen las cualidades necesarias para ser poeta, y poeta romántico? ¿Habéis leído vosotros *Don Juan*, *Childe-Harold*, *Werther*, *René*, *La piel de zapa*, *Rolla* y *Lelia*? ¿Creéis que los autores de esas obras maestras de la tristeza y el dolor conquistaron el inmortal laurel que ciñe su frente con hacer cuatro pucheritos y lamentar sus penas particulares? ¡No, vosotros no habéis leído esos grandes poemas, o, si los habéis leído, vuestra imaginación no ha podido comprender que esos genios ilustres cantaron sus propios dolores al mismo tiempo que los dolores de la humanidad y las abyecciones, las grandezas y las miserias del siglo! ¿Por qué tratáis de remedar el melodioso canto de esos cisnes, si vuestra garganta no puede lanzar más que un discordante graznido? ¿Por qué os proponéis imitar las notas sublimes de esas divinas liras, si no arrancáis jamás del destemplado instrumento que pulsa vuestra torpe mano sino un chirrido ingrato y desapacible?



Lawrence Alma-Tadema.

Para que el lector comprenda bien lo perjudicial de esa nueva planta, y todo lo que tienen de ridículo esos grajos de la literatura moderna, voy a presentarle a Cástulo Malagrama, poeta llorón donde los hay.

III

Cástulo, mi condiscípulo en latín y filosofía, es hijo de una honrada familia de Bogotá. La posición desahogada de sus padres le permitió llegar a los diez y siete años sin haber hecho otros estudios que los de primeras letras y sin haber formado ningún proyecto para el porvenir. Esto, a primera vista, parece una paradoja; pero no lo es. El estudio y las carreras científicas fueron miradas con soberano desprecio por la aristocracia de la edad media; y la aristocracia metálica de nuestras repúblicas, —que alguna había de haber, aunque sea la peor—, adolece todavía de la misma preocupación. Cuando el *humanitario* arte de la guerra era el único oficio de los nobles, los grandes señores blasonaban



Caspar David Friedrich (1774-1840).

de no saber escribir; pero se les habría caído la cara de vergüenza si alguien les hubiera dicho que no sabían arrimar al prójimo un lamparazo. Los ricos de nuestros días se contentan con tomar un bañito superficial de buena educación para no hacer un saludo zurdo cuando se presenten en una tertulia, es decir, aprenden la parte mímica de la educación; algunas veces hasta huelen la historia y aprenden que en Bayona se inventaron las bayonetas, y cosas de este jaez. De resto, en sabiendo gastar la plata reunida por sus progenitores, creen saberlo todo y miran con desprecio al pobre diablo que durante los años de su juventud se quema las cejas sobre los libros a fin de no ser un mueble inútil en la sociedad. Pero la culpa no es de los hijos, sino de los padres. Los de Cástulo dejaron crecer a su pimpollo con arreglo a su santísima voluntad, y la voluntad del angelito a los diez y siete años no era la de un benedictino,

y sí la de no hacer nada, si se exceptúa pasarse la mitad del día frente a su íntimo amigo el espejo, perfumándose los rizos y haciendo el nudo de la corbata, para ir el otro medio a pasear de calle en calle, a hacer el Tenorio en la de San Juan de Dios, y a sazonar con sus majaderías, durante las primeras horas de la noche, las reuniones de las señoras Práxedes H... y Prudencia X..., ambas de la sociedad del Niño-Dios, dos escombros sociales, para quienes mi incipiente condiscípulo era un portento de aticismo y erudición. En fin y suma, Cástulo practicaba a las mil maravillas el *dolce far niente*. Sin embargo, bostezaba con más frecuencia de lo que podía esperarse de un joven tan feliz, si por ser feliz se entiende tener siempre dinero en el bolsillo y andar a la vida birlonga a cuenta de los patacones de papá. El hastío, esa enfermedad de los hombres de genio y de los desocupadas, empezaba a invadirlo, a pesar de sus pocos años; y fácilmente se comprenderá que así debía de ser, si se tiene en consideración las poquísimas distracciones que ofrece Bogotá, y que nada hay que provoque tanto al aburrimiento como la holganza... ¡Distracciones en Bogotá!... y hay santafereños que se las enrostran a uno todos los días. Por mi parte (hablaré en singular) yo no he conocido allí más que cuatro: la devoción, el pepitismo, la chismografía y el *profesorado al aire libre*, o, lo que es lo mismo, la manía de muchos de andar haciendo aula de ciencias políticas y de historia en la calle.

Cástulo, como todos o muchos de los jóvenes *medio-decentes*, poseía una biblioteca de *adorno y respeto* que hasta entonces no le había servido más que para embellecer su cuarto. Cansado un día de pasear por la ciudad y de hacer telégrafos, como dicen ahora, a tres o cuatro niñas de la cría de enero, volvió a su casa, cogió un libro, se tendió cuan largo era en su butaca y se puso a hojear el volumen. La casualidad quiso que tropezase con un tomo de poesías y que la medida y el ritmo de los versos chocase al oído del incipiente bardo, que, sea dicho en obsequio

de la verdad, no es de los más rebeldes á la música. Halagado por el sonsonete del consonante se engolfó en la lectura, y, sin saber cómo, su imaginación fue descendiendo por grados desde la forma al espíritu.

La crónica no dice de qué autor era el volumen, pero refiere que Cástulo le fue tomando el gusto poco a poco, que se aprendió de memoria cuatro o cinco composiciones que recitaba donde quiera y sin venir a cuento, y que al cabo de quince o veinte días de *pasto* literario y ya de media-ceba en la letra de molde, se entregó al siguiente monólogo:

“¿Cómo diablos harán los versos estos poetas? La cosa no debe de ser muy difícil, porque yo veo a cada instante en los periódicos versos de todo el mundo; los he visto de *cachifos* que dos días antes habían salido *réprobos con plenitud* en las *sabatinas* de idioma patrio. ¡Si yo pudiera escribirle a Elisa una carta en décimas!... ¡Y si después de algunos ensayos consiguiera que en *El Día* o en *El Neo-Granadino*, saliera mi nombre en letra de molde!... ¡Toma! pues es una buena idea. Esto me daría cierta importancia.” Y Cástulo tomó la pluma, puso en prensa su imaginación, o en el lecho de Procusto (a esta metáfora, aunque más manoseada que una pila de agua bendita, no le ha pasado la moda todavía), y figúrense ustedes cuál no sería su gozo cuando, al cabo de una mortal semana, se encontró que su fruto de bendición decía así:

“A ELISA.

Ingrata y hermosa Elisa,
 ¿Por qué me miran tus ojos
 Con tantos enojos?
 ¿Por qué tu dulce sonrisa
 Desaparece de tus labios rojos
 En el instante en que te miro,
 Sin escuchar mi suspiro?
 Oh! depon esos agravios;
 Deja, por Dios! esos resabios
 O te juro que me pegó un tiro!!...”

Cástulo sacó veinte copias de su *décima*, como él la llamaba, el pobre, y las repartió entre sus amigos, después de haber mandado una, *perfectamente escrita*, a su ingrata Dulcinea. Yo fui obsequiado por Cástulo con una de las copias autógrafas y la conservo muy bien guardada entre los sonetos del Petrarca, por tenerla a la mano y porque siempre he tenido gusto por los contrastes.

Los plácemes que recibió de los amigotes aduladores que tomaban refrescos y cigarros a sus espensas, y la expresiva sonrisa con que su *adorado tormento* lo acogió al día siguiente de haber recibido los versos, excitaron su amor propio y empujaron a nuestro héroe por la senda poética. Desde aquel día el porvenir de Cástulo Malagrama se decidió, aunque no para siempre. Ya no pasaba las horas en sempiterna holganza; sentado frente a la mesa veíasele uno y otro día con las mandíbulas apoyadas en las manos, la pluma entre los dientes y la mirada fija en el techo, andar a caza de consonantes y a vueltas con las décimas, los sonetos y las quintillas. Tales fueron los primeros pinitos poéticos del amigo Malagrama, el que más tarde había de ser uno de los primeros poetas llorones de las repúblicas hispano-americanas.

IV

Pero estos ensayos de Cástulo, comparados con sus futuros abortos, fueron lo que los simulacros guerreros de los granujas a las grandes batallas de los ejércitos disciplinados. Mientras que no tuvo otros modelos que el volumen de poesías hallado por casualidad en el estante de sus libros, nuestro héroe no salió de la cogería erótica, esto es, de las estancias hechas a los dientes de Elisa, al cabello de Eugenia y a la nariz de Virginia. Mas, como el progreso es una ley universal, y como el arroyo que nace entre ignoradas breñas concluye por ser torrente asolador o caudaloso río, Cástulo progresó

en el *lucrativo* y excelso oficio de coplero, tan pronto como la lectura, a la cual se aficionó insensiblemente, abrió a su imaginación un horizonte más vasto. Una tía del *joven poeta* (palabra sacramental) llegó a decir –¡tan exagerada era la vieja!– que los versos de su sobrino eran mejores que los de Santa Teresa de Jesús, su autor favorito. Cástulo, que ignoraba que a esta mujer sublimemente mística, a quien Gregorio XV y Urbano VIII hicieron *Doctor de la Iglesia*, la han llamado la Safo del cristianismo, creyó al pie de la letra lo que, entre un chocolate y un rosario, le decía su tía Liberata.

Durante dos años, los tres reinos de la naturaleza suministraron a Cástulo Malagrama todas las metáforas de sus composiciones: el precoz ingenio hizo manos de *marfil*, labios de *rosa*, cuellos de *cisne*, senos de *nácar*, ojos de *azabache* y de *cielo*, cabellos de *oro*, de *ébano* y de *carey*, (ay! de las que de eso los tuvieran, que muchos hebreos de corazón las querían por esposas... por vender la cabellera), talles de *palmera*, cutis de *nieve*, dientes de *perlas engastadas de cintas de húmeda grana*, miradas de *relámpago*, alientos de *claveles*, hombros de *alabastro torneados por el cincel de la natura...* qué sé yo?... ¿qué no es capaz de inventar el panteísmo indostánico de la poesía moderna? En la América española la poesía en general, y principalmente la ligera o fugitiva, está tan viciada que, en vez de imitar a Calderón, seguimos, sin quererlo ni pensarlo, a Kalidasa y su escuela. Sería asunto de nunca acabar enumerar aquí todas las lindezas que salieron de la pluma de Cástulo. Y sin embargo, estos primeros preludios de su inexperta lira y estos primeros paseos por los reinos animal, vegetal y mineral, habrían dado un solemnísimo chasco al que por ellos hubiese creído adivinar el color del fuego divino que ardía en el alma de nuestro poeta; fuego que no esperaba sino un leve soplo de escepticismo para salir en voraces llamaradas.

Cástulo, que –ya lo hemos dado a entender– era bibliómano, no pudiendo ser bibliófilo; fue un día a casa de Monsieur Simonnot a comprar libros, entre los cuales escogió al azar algunas malas traducciones (españolas buenas no las hay), de Balzac, Dumas y Jorge Sand. Cuando su padre lo vio entrar seguido de un mozo cargado como una mula, no pudo menos de exclamar para su capote, *in pectore*: Decididamente, mi hijo va a ser un pozo de sabiduría.

En la compra figuraban también las poesías de Espronceda, las de Cam-poamor y las de Plácido, el Espartaco de la poesía. La lectura de estas obras, cuyo espíritu no comprendió nuestro poeta porque su ignorancia no se lo permitía, cambió completamente el rumbo de sus elucubraciones. Aquellos gemidos y aquellas lágrimas templaron las cuerdas de su lira y abrieron ancho cauce al raudal de amargura en que después había de inundarnos.

—“¡Qué inocente he sido en piropear en verso a esta y la otra, a imitación de ese poetastro ramplón!” Dijo echando una mirada de soberano desprecio al tomo de poesías que hasta entonces le había servido de modelo y cuyo hallazgo lo puso en el camino del Parnaso. Y Cástulo arrojó al fuego todas sus composiciones del género *clásico*, diciendo como Lamartine: “¿qué me importa que mi nombre perezca a la par vuestra?...” Y convertido por arte de birlibirloque en hombre de pelo en pecho, lleno de decepciones, falto de fe y cansado del mundo y de la sociedad, empezó a gemir y a echar sapos y culebras por las puntas de su pluma contra la inocencia, no concediendo ésta sino a los niños y a las palomas; contra la infidelidad de la mujer, –que aún no conocía más que de vista; contra el barro mundanal–, en el que apenas había fijado la planta; y a quejarse de ilusiones perdidas, –cuando no había tenido tiempo de formarlas siquiera; de cálices de hiel–, cuando se tiraba al colete copas de

excelente Burdeos; y, en fin, de sendas de abrojos, cuando no había hecho más que pasar la vida como un canónigo, y engullendo y tendido como un bienaventurado.

“Oh! cesa, no, ya no quiero ver más ni saber ya nada!...”

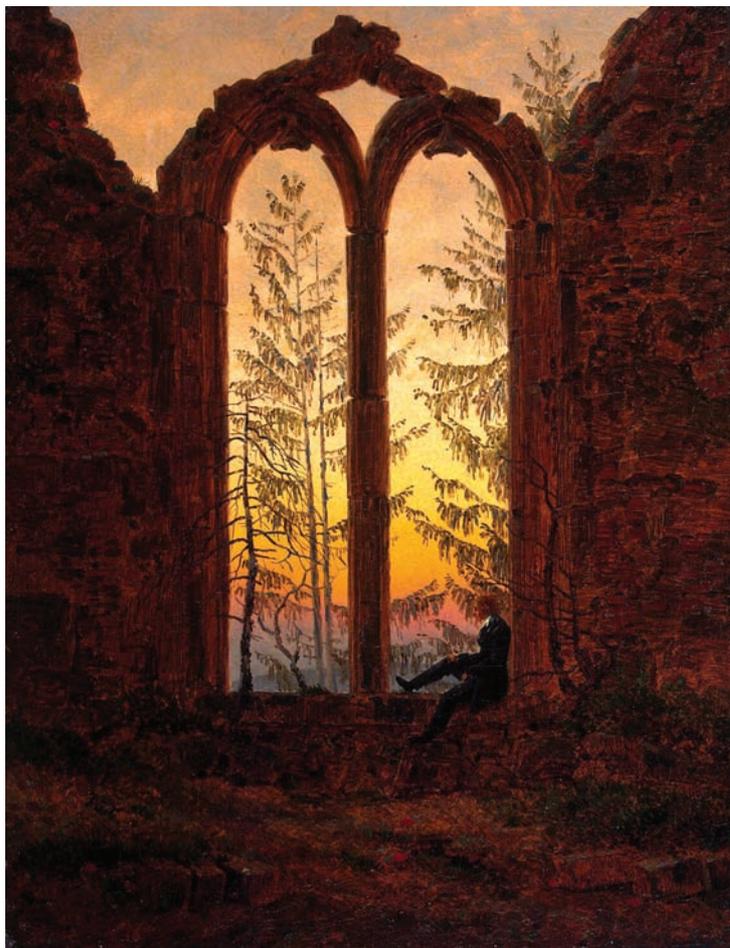
gritaba Cástulo como un energúmeno recitando a *Jarifa* en una orgía. Razón no le faltaba: el infeliz sabía ya bastante para barbarizar en renglones cortos y largos, o *escaleras de letras*, como decía un provinciano, y para servir al prójimo de sinapismo, encajándole, quieras que no quieras, sus lastimeros ayes y sus ardientes lágrimas... de palo de campeche, puesto que salían del tintero y no del corazón. ¿A qué mil diablos saber más? ¿No sabía llorar a moco tendido y decir sandeces aconsonantadas, a fuerza de purísimo ripio?

... “Hasta mi alma y postrada
Sólo anhela descansar!”

Y Cástulo cogía un cigarro, se tumbaba en la butaca y echaba al viento sus imaginarias penas mezcladas con las espiraciones del azulado humo. También recitaba frecuentemente una composición de Abigail Lozano, en la cual su estrofa favorita era la siguiente:

“Mi lecho es un ataúd a donde llega
Un cadáver de noche a descansar,
Y mi oración es la oración que ruega
No lo dejen mañana levantar!”

En los seis meses subsiguientes a la compra de los nuevos modelos, nuestro poeta se quejó como un desesperado y vertió cerca de medio azumbre de tinta en una resma de papel. La práctica aumentaba su fecundidad de una manera prodigiosa; sólo faltábale todavía un poderoso estímulo: la publicidad. Cástulo Malagrama no había tenido aún la fortuna de *verse impreso*.



Caspar David Friedrich.

▼

El 18 de julio de 185... fue un día que formó época en la vida de Cástulo: la influencia de un amigo, que de seguro no lo era, le abrió las puertas de la publicidad en las columnas de un importante periódico hebdomadario. Nuestro poeta, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, se levantó a las cinco de la mañana. A las nueve mandó un mozo a la imprenta a comprar cincuenta ejemplares: Cástulo quería mandar uno a cada amigo y conocido. ¡Pero el periódico no salía hasta las once! ¡Con que violencia latió su corazón durante aquellas dos horas!

—¡Me verán impreso!— decía loco de gozo. ¡Me verán por todas partes!... y unos dirán: ¿quién es este Cástulo Malagrama? —Es un poeta—, responderán otros.

¡Qué bien suena esta palabra al oído! ¡Un poeta!

Por fin, al cuarto paseo que dio por su habitación, el muchacho entró con un paquete de impresos. Cástulo creyó que iba a desmayarse. El olor de la tinta de imprenta llegó a su nariz como un perfume de gloria. Trémulo de emoción abrió un ejemplar... y las lágrimas se le saltaron al ver su firma en caracteres mayúsculos bajo su composición poética. Mi amigo era y tal vez es todavía uno de tantos pobres de espíritu o bienaventurados que gustan tanto de ver su nombre impreso, o mejor dicho, lanzado a los cuatro vientos del horizonte de la publicidad. Si el placer matara, como algunos suponen, Cástulo habría muerto en aquella hora suprema. Después de leer sus versos cuarenta veces seguidas y de creerse en cada uno de ellos un Byron hecho y derecho, fue con el periódico en la mano a la habitación donde se hallaba reunida su familia. Cástulo estaba tan conmovido y tan pálido, que su madre, una pobre mujer a la buena de Dios, no pudo menos de exclamar al verlo:

—Muchacho, ¿qué tienes? ¿te pasa algo? ¿te ha dado algún *váguído*?... estás cadavérico, tembloroso...

—¡Pues es verdad! añadió el padre, quien, dicho sea entre paréntesis, no es de aquellos que inventaron la pólvora. ¿Has reñido con alguno?

—¿Me preguntan ustedes qué es lo que tengo?... Que ya puedo decir verdaderamente que soy poeta. En Bogotá, en Colombia, en América toda, en Europa, en todas partes, van a conocer mi nombre, a verlo impreso, a leer mi *elegía*.

Cástulo se equivocaba: su composición no era una *elegía*, sino una herejía de marca mayor.

—Jesús, hijo, nos habías asustado; yo creí que era otra cosa.

—¿Y le parece poco, mamá? ¡ser literato, poeta!

—Y vamos a ver, ¿qué es lo que dices en ese romance? Leámosle.

—No es un romance, papá, es una *elegía*.

—¿Una *elegida*, Cástulo? ¿Pero eres tú el que la ha elegido?

—No, mamá, si no es eso... ¡Una *elegía*!

—Mujer, eso está bien claro, porque ello mismo lo dice: eso debe de ser una cosa que tiene muchas *eles*.

Cástulo, al ver la ignorancia patriarcal de su familia, sonrió desdeñosamente y estuvo por meter el periódico en el bolsillo; pero como sintiera la imperiosa necesidad de leer a alguno su primera composición impresa y oír un aplauso siquiera, dejó a un lado las explicaciones y principió la lectura con un acento cavernoso y declamatorio, semejante a la voz del *Convidado de piedra* de don Juan:

“¡Cárcel oscura, horrible y pavorosa
Para mi corazón es este mundo,
Un arenal sin flores, infecundo,
Una mar irritada, borrascosa!
¡Ai! pasaron las horas placenteras
De la ilusión, la dicha y la esperanza,
Y en el hondo futuro a ver no alcanza
Mi alma sino penas lastimeras...”

—¡Ave María purísima, Cástulo!— interrumpió su madre, y qué triste es eso. Pero, muchacho, ¿eres tú el que dice que el mundo es una cárcel?

—¡Pues quién había de ser, mamá! ¿No ve usted mi firma, Cástulo Malagrama?

—Alabado sea Dios, hijo mío, ¡y qué modo de insultar a la Providencia!

—¿Por qué, mamá?

—Porque si para tí es una cárcel, quién sabe qué será para los demás, para mí, por ejemplo, que hace más de veinticinco años aguanto los caprichos y el humor de tu papá...

—Déjale seguir, mujer... ¿Qué entiendes tú de eso? ¿No ves que son figuras de *ritórica*?

El poeta continuó:

“Luto y desolación en torno mío
Mis ojos ven...”

—Pero, Cástulo, gracias a Dios no se te ha muerto nadie.

—Mujer, ¡no le interrumpas a cada instante!

“Mis ojos ven doquiera que los vuelvo,
Y en un lecho de abrojos me revuelvo,
Y siento el corazón mudo, vacío!”

—¿Es un lecho de abrojos? ¡Cuántos infelices quisieran tener tu cama!

“Amores y amistades me halagaron
Cuando ví el mundo en mi ilusión

primera,
Y encontré en la mujer... ¡una pantera!
¡Y los hombres infames me engañaron!”

—¡Una pantera! Pero, ¿dónde has encontrado tú esa mujer pantera? ¿Andas ya tú corriendo tras de esas mujeres de mala vida?

—Mamá, por Dios, ¡si usted no entiende una palabra de poesía!

—Sigue, sigue, hijo, y no hagas caso de tu madre, que mayor habladora... charla más que un congreso.

“¡Ay! ¿por qué nace el hombre? ¿por qué viene
A este maldito fango en que se ahoga?
¿Por qué pasa remando como un boga
La vida, cuando en ella solo tiene
Maldición, amarguras y quebranto?
¡Misterio! En la mezquina y dura tierra
El eco zumba de perpetua guerra,
De quejidos horribles y de llanto.
Yo no quiero vivir...”

—¡Madre mía y señora de Chiquinquirá! Muchacho, no digas disparates. Pues no faltaba más sino que dieras en la flor de saltarte la tapa de los sesos. ¡Un impío, un suicida en la familia!

—Mamá, si me ha de interrumpir a cada paso, no sigo.

La buena mujer, que a pesar de su ignorancia no carecía del sentido común de

Doña Brígida tenía razón. En cuanto al excelente don Ramón, antiguo arriero, después dueño de mulas y más tarde ricachón, con humos de haberlo sido siempre, este era uno de tantos padres de familia para quienes sus hijos, por ser sus hijos, son astros aunque sean tortugas.

Sancho, plegó sus labios, y el *bardo del Funza*, como él se llamaba, continuó:

“¡Yo no quiero vivir! porque no veo
Más que mentira, decepción y dolo
En esta lucha mundanal, y solo...
¡Solo en la paz de los sepulcros creo!
Mi pobre corazón es una llaga
Y mis ojos dos fuentes, dos raudales...”

—Pero, Cástulo, si en mi vida te he visto derramar una lágrima—, volvió a decir la pobre mujer, no pudiendo contenerse.

Esta última observación hizo perder a nuestro héroe los estribos: arrugó el periódico entre sus manos y salió de la habitación hecho una furia, jurando que no volvería a leer ninguna de sus composiciones delante de personas *incompetentes*.

—¿Ves lo qué has conseguido con tus interrupciones? dijo a su cara *costilla* don Ramón Malagrama.

—Pero, hombre, si eso clama al cielo. Cualquiera que lo oiga pensará que es la criatura más infeliz del mundo.

—Desengáñate, Brígida, que tú no entiendes jota de esos perfiles *ritóricos*. Nuestro hijo Cástulo es un sabio.

—¡Que lo sea enhorabuena!, pero yo no puedo tolerar que diga que es desgraciado cuando está en su casa como el pez en el agua, y cuando no hay en la ciudad uno más dichoso que él.

Doña Brígida tenía razón. En cuanto al excelente don Ramón, antiguo arriero, después dueño de mulas y más tarde ricachón, con humos de haberlo sido siempre, este era uno de tantos padres de familia para quienes sus hijos, por ser sus hijos, son astros aunque sean tortugas.

VI

Cástulo olvidó las amarguras que le ocasionaron las observaciones maternas con los mil parabienes que recibió en la “Rosa Blanca”, en las visitas y en los paseos. ¡Quién no tiene aduladores en este mundo!...

Una vez roto el dique de la publicidad, ya no fue hombre escribiendo: fue una máquina de vapor. De su fecunda pluma, como de la de Lope de Vega, salían versos a borbotones, con la misma abundancia que los volcanes acuáticos de Zelandia arrojan el hirviente líquido. En Nueva Granada no quedó periódico que el amigo Cástulo no invadiera con sus fúnebres *heregías*, y saturase con el cálido vapor de sus ardientes lágrimas, lo que es lo mismo que decir, su hirviente tinta.

A los veintiún años coleccionó sus poesías y dio a luz dos tomos titulados *Gotas de hiel y Heridas del alma*, y un poema épico que tenía por epígrafe *El desencanto*. Estos abortos dejaron al público indiferente y a Cástulo satisfecho, y tanto, que los primeros poetas neo-granadinos le parecían niños de pechos. Pero ¡oh dolor! la crítica, esa envidiosa, esa serpiente que muerde las más acrisoladas reputaciones y que no le dijo esta boca es mía, mientras lo vio mendigando de periódico en periódico un rinconcito para sus disparates poéticos, se enredó con él tan pronto como empezó a mirar por encima del hombro a los que no eran plañidores de profesión, y lo puso que no había por donde cogerlo. Cástulo en sus conversaciones se había cebado como un buitre en los versos de Caro, Arboleda, J. J. Ortiz, Madieto, Samper, Pombo (Rafael), Pérez (Santiago), Wencel y Gu-

tiérrez González, y la crítica justiciera vengó al mérito ultrajado por Malagrama. Pobre Cástulo, ¡entonces sí que empezaron sus verdaderas amarguras! —“Esos envidiosos—, decía gesticulando como un energúmeno y prescindiendo de toda modestia, —chillan porque les hago sombra, porque no sirven para descalzarme el zapato; pero la historia me hará justicia; ella dirá si yo soy, o no, el primer poeta lírico de Nueva Granada.”

Pero otro desengaño esperaba a Cástulo: sus *obras* se apolillaban en los estantes de los tenderos y en treinta meses no se habían vendido más que cinco ejemplares. Esto ya era intolerable. El poetaastro chasqueado se desató en imprecaciones contra nuestra época de prosaísmo, y, como no dudaba de su talento, llamó incipiente y estúpida la sociedad en cuyo seno le había hecho nacer el destino. Sin embargo, a fuer de imparciales historiadores, debemos decir que estas penas no impedían a Cástulo engordar como un prior de cartujos. Su barriga se desarrollaba con los años y amenazaba tomar la misma figura esférica que tenía la de su papá, gracias a la vida sedentaria y gastronómica de nuestro romántico y sentimental poeta, quien, no obstante sus declamaciones contra el prosaísmo y el *lodo amarillo*, siempre tenía buena gana de comer, dormía más que un archivero y amaba el oro como un hebreo.

VII

Dice un antiguo refrán, que “el loco por la pena es cuerdo.” A fuerza de palizas y jabonaduras Cástulo empezó a tener miedo á los Zoilos y Aristarcos que se ensañaban en sus obras, y su lira enmudeció gradualmente hasta expirar por completo; sus últimas notas fueron una virulenta sátira contra *las sabandijas de la literatura*. En seguida la colgó de un sauce llorón, —árbol que simboliza su personalidad literaria—, después de haber hecho saltar sus cuerdas y de repetir que la historia le haría justicia.



Caspar David Friedrich.

Cuando su madre supo que ya no hacia versos, lo llamó á su cuarto y le dijo:

—No sabes, hijo, lo contenta que estoy de ti. Has hecho perfectamente en dejarte de periodiquear y de escribir librazos y papeluchos que para maldita la cosa te sirven. ¿Qué necesidad tienes tú de esos quebraderos de cabeza, ni de andar en dimes y diretes con este y con el otro? Deja la papelería. Mira, en vez de gastar el dinero en imprimir simplezas, dedícate a alguna cosa útil, porque tu padre ya es sesentón y nuestra casa no está muy boyante con el dineral que le han costado tus locuras. Busca una muchacha juiciosa y honrada y cástate con ella, y déjate para siempre de tus *elegidas* y tus *versículos*. Así habló doña Brígida. Cástulo, aunque sin dudar nunca de su talento ni de la justicia de las futuras generaciones, empezó a comprender que su madre no era tan tonta como creyó en un principio. Siguió su consejo al pie de la letra, y hoy lo tienen ustedes casado, padre

de dos niños, varón y hembra, que se llaman Ovidio y Corina, y trasformado en negociante. Su padre suele decir algunas veces: —¡Qué lástima que mi hijo haya dejado la *librería*! Cástulo era ya un sabio y hubiera sido un genio de primer orden. ¿Tu hijo? —repone doña Brígida— lo que hubiera sido por el camino que iba, es el primer gandul y el primer embustero de Bogotá. ¡Maldito si decía palabra de verdad en todas sus coplas!

En cuanto a Cástulo, sigue odiando platónicamente el prosaísmo, comiendo como un sabañón y tirándose cada latigazo de Burdeos o de Jerez que a Cristo le dice de tú. Si alguna vez le hablan de literatura y de poesía, llena hasta el borde una copa, no de envenenada hiel sino de sabroso mosto, se la echa al colete de un trago y exclama, acariciándose con ambas manos su voluminoso abdomen: “la historia me hará justicia”. Sus amigos y conocidos se han anticipado a la historia y lo llaman simplemente *el buchón Malagrama*. ❖